

¡Adiós, Pepín!

Javier Rioyo

JOSÉ BELLO LASIERRA (1904-2008) SE HIZO FAMOSO POR SER UN TESTIGO PRIVILEGIADO DE LA GENERACIÓN DEL 27, COMO SE HACE EVIDENTE EN EL RECIENTE LIBRO DE JOSÉ ANTONIO MARTÍN OTÍN *LA DESESPERACIÓN DEL TÉ (27 VECES PEPÍN BELLO)* (PRE-TEXTOS). JAVIER RIOYO NOS OFRECE UN SUGESTIVO SEMBLANTE DE ESTE LEGENDARIO PERSONAJE.

Lo que hubiera querido es seguir diciendo, como en aquella postal de Dalí, «¡Ola Pepín!». Y escrito así, burlando la ortografía, quitando seriedad a la vida, huyendo de las penas, hasta la muerte. Pero ni un paso más.

Poca gente hemos conocido tan dotadas para la alegría, para la amistad y para quitar pompa a todo funeral. Creo que su larga vida, que alguna vez pensamos podría ser eterna, tiene deudas con su excelente humor. Y su juventud mental –y física– algo tiene que ver con no haber tenido nunca ni grandes ambiciones, ni deseos de medrar, ni destacar en nada. Estuvo con los más admirables españoles del pasado siglo. Fue amigo de los creadores más universales y guardaba viva y lúcida memoria de algunos hechos y de algunas personas que a nosotros nos parecen mitologías de nuestra cultura.

Supo vivir sin trabajar. Todo un arte que sin esfuerzo, y sin presunción, Pepín supo administrar con su elegancia natural. Creció con buena salud con mucha curiosidad, con sorprendente memoria y con cuidada soltería. Bebió animosamente –«yo aguanto muy bien bajo el agua», le gustaba decir– pero sin llegar a los excesos de su amigo Luis Buñuel, que siempre le sacaba dos o tres drys martinis de ventaja. Comió con buen apetito. Viajó poco. Y se enamoró menos. Le gustaba decir que supo casar pronto a todas las novias. Una de las primeras fue hermana del mítico Gustavo Durán –el músico y valeroso luchador republicano que a

todos y todas enamoraba— se llamaba Araceli Durán. Era una de las mujeres más modernas y guapas del Madrid de los años veinte. Convenció a su amigo Alberti para que hiciera un soneto para la hermosa Araceli. Soneto que recordó Pepín de memoria hasta el final de sus días. Tuvo otras amigas, todas guapas y elegantes, pero el matrimonio no era para él.

También tuvo algunas relaciones furtivas, mercenarias, a las que se escapaba en compañía de su amigo Buñuel, en aquellos burdeles del Madrid que recordaban como los mejores del mundo. No conocían otros. Recordaba Pepín que Dalí nunca quiso acompañarlos, porque tenía la sexualidad de una mesa. ¿Y Lorca? Naturalmente, tampoco. Las historias que forman parte de la vida privada de Pepín son un secreto bien guardado. Uno más de esa pandilla que siempre mantuvieron unas relaciones que Agustín Sánchez Vidal llamó: el enigma sin fin. El trío del enigma sin fin, en realidad, fue un cuarteto.

Cuando los demás llegaron a la Residencia de Estudiantes, Pepín, como el dinosaurio, ya estaba allí. Y estaba antes de que la Residencia tuviera su edificio terminado en los altos del Hipódromo, en aquella colina de los chopos, que Pepín —y su hermano Manuel— vieron construir.

Cuando Manuel Bello Lasierra y su hermano José, nuestro Pepín, llegaron a Madrid en 1915 acompañados por su padre, el ingeniero de caminos Severino Bello, amigo de Francisco Giner de los Ríos y colaborador de Joaquín Costa, la ciudad apenas tenía quinientos mil habitantes y dónde hoy está la Residencia empezaban los campos de trigo. Al niño Pepín, pulcramente vestido, en traje de pantalones cortos, al estudiante de bachiller en la Institución Libre de Enseñanza, no le extrañaba cruzarse con Ramón y Cajal, Pablo Iglesias o Pérez Galdós.

Se trasladaron a la Residencia de Estudiantes, después de haber compartido años de estudio con Emilio Prados, Azcárate, Gancedo o Pittaluga y el joven Pepín, el preuniversitario de pantalones cortos y traje con corbata, ya era todo un veterano. Un joven cosmopolita, un madrileño adoptivo, que había llegado de la pequeña, pero «mundana y aireada» ciudad de Huesca. Fue conociendo a Luis Buñuel, Lorca o Dalí, el joven y pequeño Pepín —tenía la misma edad de Dalí— ya era un veterano en la vida cultural, diver-

tida, alegre y confiada de aquella ciudad que empezaba a modernizarse.

Muy pronto los amigos encontraron sus afinidades, se sintieron cómodos en sus burlas contra los «putrefectos», todo lo que era cursi, pedante, provinciano, decadente o ridículo, lo consideraban putrefacto. Comenzaron sus escapadas a Toledo, para emborracharse con vino barato e inventar una particular orden de caballería. En Madrid, además de algunos ritos propios de jóvenes, con algo de dinero y con mucha libertad, les gustaba divertirse con absurdos y surrealistas juegos de palabras que llamaron «anaglifos». Acababa de llegar la «moda» del deporte, los combates de boxeo, el fútbol, la pasión por Wagner, la llegada del jazz y las noches de verbena. Aficionados a los tragos largos en la parrilla del Palace, conocieron las tertulias taurinas y cumplieron el rito de paso por el Pombo de Gómez de la Serna. Buscaron la amistad con Valle Inclán y estaban orgullosos de sus burlas con Unamuno o con el Juan Ramón Jiménez de Platero, dos elevados representantes de «lo putrefacto». Diversiones de cuatro chicos de provincias que estaban inventándose nuestras vanguardias entre juegos, sueños, bromas y veras. Los otros hicieron su obra. Pepín se construyó a sí mismo. Sirvió para que aquellos tres extraños, extravagantes y geniales jóvenes se hicieran más que amigos. Hasta que la guerra les separe.

Buñuel, que tanto le quiso, y al que tanto le debe por sus ideas para su primera película, *El perro andaluz*, recuerda a Pepín en sus memorias: «Buenazo, imprevisible, aragonés de Huesca, estudiante de medicina que nunca aprobó un examen...ni pintor, ni poeta, Pepín Bello no fue nada más que nuestro amigo inseparable»

Nada más, ni nada menos. Amigo íntimo de Buñuel, Dalí, Lorca. Y amigo de Alberti, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Emilio Prados, Altolaguirre, Guillén, Moreno Villa, Hinojosa, Bergamín, Gerardo Diego, Bacarisse, La Argentinita, Rapún, Ontañón, Sánchez Mejías..., amigo de todos. Querido por todos. Usado por todos y divertido para todos. Fotógrafo accidental de esa famosa foto del homenaje a Góngora en el 27, en el Ateneo de Sevilla en aquellos felices días en que tuvo unos de sus escasos trabajos de su larga vida. Pepín Bello, que no quiso ir a París con su

amigo Buñuel e intentar hacer algo en el cine, que no se atrevió a enseñar sus pequeñas obras teatrales que alguna vez comenzó a escribir, que tampoco supo seguir el camino de la pintura. Pepín, que servía para la amistad más que para el trabajo, para las relaciones públicas, tuvo su primer trabajo en Sevilla, en la Exposición Iberoamericana del futuro año 29. Desde el año 27 hasta el año 29, el bueno, elegante y generoso Pepín Bello tuvo un trabajo a la altura de sus necesidades. Pudo invitar a sus amigos. Y afianzó su relación con el torero intelectual Ignacio Sánchez Mejías. Compartió las juergas, conoció los dramas, se fue tras sus tardes de gloria y estuvo en medio de sus broncas amorosas. Y vivió, como pocos, el llanto por la muerte en la plaza de su amigo.

Llantos que le volvieron a visitar muy poco tiempo después. Su hermano Manuel, menos intelectual, menos liberal, menos abierto que Pepín. Y nada republicano, según Pepín un joven inocente y bueno, fue una de las víctimas de los asesinatos en Paracuellos de Jarama. Pepín, que nunca presumió de nada, tampoco sacó a pasear a sus muertos, pero aquél asesinato, aquella cercana muerte, marcó su futuro. La mayoría de sus amigos fueron republicanos, algunos destacados militantes de la izquierda, pero la muerte de su hermano, y otros miedos que vivió en el Madrid en guerra, hicieron que la sonrisa de Pepín se congelara. Que el miedo se instalara en su vida.

Miedo y dolor que también sintió cuando se enteró del asesinato de Federico. Una tarde le llamó La Argentinita para decirle que, en Granada, habían asesinado a Federico. Se lo contó en clave porque tenían miedo. Ese día sintió que todo lo que le rodeaba era la muerte. No entendía aquella guerra. Ese hombre de paz y sonrisas, de amigos y afinidades, no comprendía aquél brutal desencuentro. Pepín, el hombre que nunca se deprimía, tuvo miedo. Se escondió. Vivió una especie de autoexilio interior en la provincia de Burgos. Ni rojo ni azul, ni de izquierdas ni franquista, su mundo se había hundido, habían desaparecido aquellos días, aquellas noches y aquellos que fueron los suyos. Se terminaron los años del pitorreo, los tiempos del cachondeo. No fue el cine, la poesía, la pintura o el teatro lo que rompió la amistad, es la guerra la que termina con las relaciones de aquellos que fueron los más celebres de los «residentes». Uno asesinado. Los otros dispersados.

Intentó otros negocios, otros trabajos. Los hermanos Bello invirtieron su dinero –vivían del agua, de una presa de propiedad familiar– en una fábrica de pieles en Burgos. Creyeron que en tiempos de la segunda gran guerra, en aquellos años en que no se podían exportar ni visones, ni astracanes, en esos convulsos años, sería un negocio hacer abrigos elegantes con las pieles de los corderos y de los conejos hispanos. Invirtieron en un incierto negocio que se llamó el «mouton dorée». No convencieron a demasiadas elegantes. Y terminó la guerra, volvieron los visones y el mouton pasó de la nada a la más absoluta miseria. No fue hombre de negocios. Ni de aislamiento. Algunas veces me recordó aquellos siete años burgaleses, siete años retirado de Madrid, de sus ritos y sus amigos –los pocos que quedaban– como más duros que los de la guerra.

Volvió a Madrid, volvió a no trabajar, volvió a sonreír. Y otra vez le encontramos entre risas y entre intelectuales, burgueses, ilustrados y liberales. Ahora son los Garrigues, Damaso Alonso, Gerardo Diego, Chueca Goitia, Mercedes Fórmica o el joven Juan Benet algunos de los que pertenecen a la pandilla del maduro Pepín Bello. «¡No me llameis Pepín, tengo más de cien años!», siguió pidiendo en vano hasta el final de sus días. Benet, que le tenía el habitual cariño que todos los que hemos tenido la suerte de conocer y frecuentar a éste dador de amistad, decía que una de las cosas de mayor mérito de Bello es haber sido un maestro en el arte de vivir bien sin trabajar. No le gustaba demasiado a Pepín esa admiración. Tampoco en eso quería presumir. También en su arte de no hacer nada hubiera dicho que preferiría no hacerlo. Ya le señaló Vila Matas como uno de nuestros mejores modelos de Bartleby.

Aunque intentó un trabajo más. De poco sudor, y desde luego, de poco madrugar. Siempre vivió sin madrugar. Otra lección. Con dinero de unos empresarios americanos, en compañía de sus amigos los Garrigues, Pepín participó en el primer y fracasado intento de cine para coches. Hasta hace poco más de una década se podía ver la enorme pantalla que estuvo levantada, sin sentido ni películas, en la carretera de Barcelona, a la altura del llamado puente de Eisenhower. Se hicieron dos proyecciones. Los coches españoles eran pocos y la programación, decía Pepín, se la dejaron

a un inútil. Así que él decidió seguir viviendo con la dignidad que otorga el no ser negociante, ni trabajador, ni patrón, ni productor.

Pepín siguió siendo él y sus amigos. «Yo soy mis amigos» me dijo más de una vez. Y se seguía sorprendiendo de «no ser nada y vivir rodeado de tantos genios»

Hace tiempo, con la complicidad y ayuda de José García Velasco y Alicia Gómez Redondo, que además de sus responsabilidades culturales, han sido de los mejores y más cercanos de sus amigos, que estamos rodando un documental sobre los trabajos y los días de éste liberal encantador, de éste atípico español que supo sobrevivir a todos sin perder nunca la memoria de los buenos tiempos y el desdén por los malos tiempos que también supo vivir con discreción. Bebedor y ex fumador. Siempre quería que dejáramos de fumar. Él era el ejemplo: él «que había sabido dejarlo a tiempo». Cuando nos lo contaba llevaba, por lo menos diez años sin tabaco, recordaba perfectamente que su último cigarrillo fue cuando la prohibición en los aviones o sea con 93 años. Genio y figura. Tendremos que asumir que nadie es eterno. No hizo mucho, no dejó grandes obras pero nunca dejó un mal recuerdo. Mereció la pena haberlo conocido. Dicen que se ha muerto. ¿Por qué? ©